



ECOS DE UN CANTO EN LA LLANURA DEL KURUKSHÊTRA

—INTRODUCCIÓN A LA LECTURA DEL BHAGAVAD GÎTÂ—

Por Gustavo Canzobre

Descubrí el *Bhagavad Gîtâ* a los 16 años cuando, estudiando historia del arte de la India, se me indicó que para conocer una determinada cultura era necesario tener noción de los fundamentos filosóficos de la misma. Y así fue que se me guió para leer el *Gîtâ* y el *Dhammapada*, antes de ingresar al mundo de la estética hindú y budista. Era el año 1977 y nuestra Madre estaba regresando de India, trayendo el néctar que sus benditos monjes habían derramado sobre su compasiva alma. Allí debió padecer todas las dificultades que en ese momento significaba viajar y vivir en India con el solo anhelo de poder tener entre sus manos agua fresca que pudiera saciar nuestra sed: pobres buscadores espirituales atrapados por las garras de la ignorancia. Nunca podremos hacer lo suficiente para retribuir semejante acto de amorosa compasión. Nunca.

En este año tuve la gracia de poder transitar la tierra de la sagrada llanura del *Kurukshetra*, y sentado bajo el árbol bayan en el que la tradición ubica el lugar en el que tuvo lugar el canto celestial que estamos a punto de comenzar a leer, reflexionaba acerca de la potencia infinita que en sus acordes debe alojar el *Bhagavad Gîtâ* para continuar movilizand o nuestras almas luego de tantos milenios.

La cultura de la India tiene, entre sus peculiaridades, la de no caracterizarse por el registro fáctico de los hechos principales de su historia. No por desentenderse del tiempo, ya que no puede haber elaboración filosófica que no tenga en cuenta el cruento devenir de *cronos*, o el más auspicioso de *kairos*¹. Por ello, la noción del tiempo impregna la sabiduría de los sabios *rishis* a lo largo de toda su historia. Sin embargo, poca importancia se le concede a las citas históricas, por lo que ubicar sus textos no es tarea sencilla. Aun así, los historiadores indios tienden a ubicar la batalla del *Kurukshetra* alrededor del 3100 aC, durante la cual habría tenido lugar el diálogo que *la Canción del Señor* recoge y que sería transcripto dentro del épico relato del *Mahâbhârata*, de incierta data también, pero que en

1 Los griegos concibieron que el tiempo tiene dos dimensiones diferentes: la más corriente, *cronos*, que se caracteriza por devorar todo aquello con lo que se encuentra, y *kairós*, el tiempo auspicioso, el tiempo sobre el que deliberadamente decidimos construir la búsqueda del sentido de las experiencias de la vida.

las diferentes referencias históricas de los estudiosos siempre sobrepasa los 2500 años de antigüedad.

Algo sin embargo no es incierto: a la hora de intentar indagar sobre las escrituras sagradas de India, y aunque uno pueda quedar perplejo debido a la cantidad de textos que aparecen bajo esa denominación —*Vedas, Upanishads, Purânas, Itihasas, Sastras, Sutras, Tantras*— cuando se desea encontrar un texto que refleje los principios esenciales del alma espiritual de India, no hay duda que sólo uno resiste la prueba, y ese es el *Bhagavad Gîtâ*¹: el Canto del Señor. Es la quintaesencia de la sabiduría de India y una de las joyas espirituales más preciadas de la humanidad.

Dentro de todas las peculiaridades que la cultura de India suele mostrar, nada más sorprendente que presentar a uno de sus textos más sagrados siendo revelado en . . . un campo de batalla. Como siempre ocurre en India, la elección del marco y la historia dentro de la cual algo importante aparece nunca resulta azarosa. Cuando uno se acerca a ella, dentro de toda su riqueza, uno advierte que ésta enseña no sólo por la trascendencia de sus contenidos espirituales, sino también por la estructura pedagógico-formal en que los presenta. Forma y conteni-

¹ Sin ignorar que *Gîtâ*, canción, es un femenino en sánscrito, nos referiremos a él en masculino, como tantas veces ocurre en los textos de nuestra lengua, a partir de la manera en que se traduce desde el inglés (por el indeterminado *The*), y también a que la traducción: canto del Señor, tiende a contagiar su género al título en español. Además, en Buenos Aires, referirse a él como “la *Gîtâ*” resultaría cacofónico.

do son dos elementos que no pueden ser considerados como opuestos sino como interdependientes, ambos necesarios, para que una realidad pueda manifestarse. Más adelante podremos reflexionar con más detenimiento en este tema, en especial dada la inmadurez que nuestra cultura contemporánea suele padecer al respecto, y que al heredarla, nos dificulta comprender muchos de los elementos que el discipulado pone a nuestra disposición.

El sabio Vedavyasa compone el *Bhagavad Gîtâ* movido por la compasión que mora en su corazón hacia los seres humanos que vivimos en el mundo y corremos el peligro de quedar atrapados por las redes mayávicas que éste tiende a nuestro alrededor. Este sabio recibió ese nombre a raíz de ser el que recopila (*vyasa*) los conocimientos fundantes de la cultura de India, denominados Vedas. Y sabiendo que a éstos no iban a poder acceder la mayoría de los hombres, dado lo intrincado de su lenguaje simbólico-ritual y la estructura social que solo permitía a las clases superiores acceder al mismo, decidió verter los principios básicos de la sabiduría védica en historias que pudieran ser comprendidas por cualquier ser humano. Esa sabiduría que el bardo nos acerca, envuelta en la trama de miles de historias tradicionales, acude en nuestra ayuda cuando, en momentos de desaliento y dolor, no vemos claro el camino a seguir en la vida. Y para poder hacerlo tiene que mostrarnos

que aún en un ámbito tan mundano del quehacer humano —en la época en que se escribe, un campo de batalla— puede la enseñanza espiritual hacerse presente. Porque una de las mayores riquezas del *Gîtâ* está en enseñarnos que para entrar en el camino no necesitamos ni retirarnos del mundo ni dejar de ser quien somos, ni pretender ser el que no somos. Se es discípulo de Dios —y por lo tanto de la vida que es el despliegue dinámico de la naturaleza divina— cuando nos entregamos a él con sincera disposición, esto es, desde el que somos y en el momento en que estamos.

Para acercarnos al *Gîtâ* y pretender comprender su enseñanza se nos pide lo que para con cualquier otro texto sagrado. Pero, como estamos desacostumbrados culturalmente a hacerlo, vamos a permitirnos recordar algunos elementos que hay que tener en cuenta. El más importante, nos lo indica el texto con su nombre: “El Canto del Señor” y los cantos son para ser escuchados. La escucha es, en la tradición hindú como en tantas otras tradiciones espirituales, la disposición inicial que permite que alguien pueda ingresar al mundo del aprendizaje espiritual. “*Escucha, hijo, la enseñanza del maestro y aplica el oído de tu corazón*” dice San Benito en el prólogo a los aprendices que se acercan a leer su *Regla de vida*, siguiendo el principio paulista que reza: “*La fe viene por el oír*”. Esta relación entre la fe y el oír está inscripta en la etimología sánscrita, a través

de una raíz común: *shru*, de la que deriva *shravana*, escuchar, y *shradha*, fe. Practicar la escucha es uno de los ejercicios discipulares más importantes: escuchar con confianza, con apertura mental, disposición de corazón y renovado entusiasmo nos encaminará hacia la senda de la transformación espiritual.

¿Por qué elige Krishna la forma del canto para dar su enseñanza? Porque como enseñó Platón la verdad transforma la vida hacia el bien, pero para hacerse más accesible a los hombres que no pueden alcanzarla, toma una forma sensible y se hace bella. Así a Krishna no le basta con enunciar la verdad: necesita vestirla de música, y de esta manera, de belleza. Esta es una noción central a la tradición de India, sustentada en la unidad de la Vida: *sarvam kalvidam brahman*: todo lo existente no es más que la manifestación de la Suprema Realidad divina. He ahí que su mística, contenida en las Épicas y los *Purânas*, y su metafísica revelada en las *Upanishads*, toma forma en sus artes clásicas: música, danza¹, escultura, arquitectura y pintura. Formas imperfectas, como toda realidad sensible; pero a la vez magnetizantes como toda expresión de belleza. La divina imantación a la que Platón cantó en su Diálogo *Ion o la poesía* manifiesta todo su poder a través de las formas bellas del arte clásico hindú, que por ello nace y se desarrolla como un arte de templo.

¹ No mencionamos separadamente al teatro, ya que en el arte clásico de la India es una forma de danza, como por ejemplo el Kathakali del sur de la India.

El Maestro Krishna, que encarna la sabiduría con que Dios guía al hombre, no es la excepción. Porta la flauta como uno de sus atributos característicos, porque con sus sonos despierta al alma que ha quedado dormida y obnubilada por los falaces y engañosos sonidos de las apariencias. Sin la belleza de la música, las puertas de acceso a la verdad permanecerían eternamente cerradas para el alma. Este estado de ignorancia espiritual acerca del sentido de la vida recibe en la metafísica de India el nombre de *maya*: una realidad que parece ser lo que en realidad no es. Y es la música la elegida por el Divino Maestro para remover nuestra errónea percepción.

Entonces, a la hora de enseñar a su discípulo, lo hará con la plenitud de una didáctica espiritual basada en el vuelo de la poesía mística, conjugando forma y contenido: será el canto con el metro sánscrito de la *sloka anushtabha* de 4 hemistiquios octosilábicos los que presentarán la verdad espiritual del *Gîtâ* (*Bhagavadgîtâ* en transliteración del sánscrito भगवद्गीता) en un bello canto que buscar despertar el bien de nuestras almas:

Dhrtarâshtra uvâcha

Dharmakshetre kurukshetre samavetâ yuyutsavah|

Mâmakâh pândavâshchaiva kimakurvata sañjaya ||1||¹

¹ *Bhagavad Gîtâ*, I,1.

El ritmo de la música, unido al metro de la poesía, hace entrar en empatía al alma con la verdad del universo en que ésta se halla inmersa. Si esa armonía aparece, entonces el proceso del despertar espiritual se verá favorecido y fortalecido por las fuerzas infinitas de la vida que se derraman en el hombre que entra en sintonía con ella.

Shri Krishna, como todo verdadero Maestro, es a la vez místico, filósofo y artista. Quien compone el texto que estamos a punto de comenzar a leer busca entonces estimular nuestra ansia por escuchar y prepararnos para tal escucha. La tradición espiritual de India nos explica que el camino hacia la verdad pide de nosotros la práctica de tres disposiciones vivenciales: *shravana* o atenta escucha; *manana*, actitud reflexiva y *nidhidhyâsana*, o *anubhâva*: sumergirnos en la experiencia. Por eso, aún cuando la acción que desarrollemos ante los textos sagrados sea la lectura, siempre debemos tener presente que estamos buscando escuchar, y por lo tanto, hemos de prepararnos receptivamente para ello¹.

Este mismo proceso es al que el Maestro Krishna nos va a guiar al comenzar el *Gîtâ*. Y lo hace movido por la compasión que siente hacia su angustiado y desalentado discípulo, Arjuna —el guerrero— y a través de él hacia todos nosotros. Encon-

¹ En la tradición monástica cristiana la práctica de la lectio-divina responde al mismo planteo: la lectura del texto sagrado se sostiene hasta que el discípulo ha escuchado, y entonces se pasa a la etapa siguiente de la reflexión.

tramos nuevamente a la compasión como motor de la enseñanza. A la hora de querer encontrar un signo por el cual reconocer a un sabio, India no duda y sus enseñanzas lo repiten una y otra vez: el fruto de la sabiduría no es ni el conocimiento, ni el accionar, ni el ostentar capacidades sobrenaturales o parapsicológicas, sino uno y solo uno: *karuna*, la compasión. Así lo leemos en el capítulo XII del *Gîtâ* en que un grupo de ocho versos (*ashtakam*) buscan sintetizar los rasgos que definen al hombre realizado, al que se vuelve inmortal (*amrit*) pues comulga con El Inmortal: *adveshta sarva bhutanam, maitra karuna evacha*: el sabio es el amable y compasivo, el que no malquiere a ser alguno¹. Sabio es aquél que hace suya la piel de los seres vivientes que lo rodean, y sufre y padece en su propio ser sus alegrías y pesares. Y trabaja denodadamente para poder contribuir al alivio de los padecimientos de sus hermanos, sean éstos de orden físico, emocional o espiritual.

La escucha presupone, además de un acto de apertura, una actitud de confianza hacia la fuente a la que uno se dirige, que en la tradición de India recibe el nombre de testimonio o *shruti*. Pues sin esa confianza, sin ese crédito que se da al testimonio, es imposible el conocimiento en cualquier campo del saber humano, mucho más aún en el de la espiritualidad. Esta escucha atenta y confiada no es, sin embargo, el fin sino el co-

¹ *Bhagavad Gîtâ*, XII, 13.

mienzo de un proceso que permite acceder a la verdad. Y ha de ser seguido no por la mera repetición mecánica y menos aún fanática y ciega, sino que ha de dar paso a la búsqueda del significado de lo escuchado. Como enseña nuestra Madre en el texto de Filosofía Final, *un discípulo es una conciencia reflexiva*. Tal como cuando comemos, que tomaremos como analogía, la escucha es el proceso físico por el cual tomamos y mastizamos el alimento: se requiere un tiempo, un lugar, y las herramientas para hacerlo. Sin embargo, esto no alcanza para que nuestro cuerpo se alimente. Ha de tener lugar otro proceso más importante y de otro orden, no ya físico, sino químico, que es la asimilación. Esta se produce cuando, una vez ingerido el alimento, entra en contacto con los líquidos propios del cuerpo, que permitirán que se desencadenen los procesos químicos por los cuales los nutrientes contenidos en los alimentos masticados serán extraídos, y se desechará el resto de los materiales que son utilizados solo como vehículos —necesario por cierto— de los elementos con que el cuerpo se alimenta. La escucha, en nuestra metáfora, nos permite adquirir conocimiento, pero hace falta la reflexión para que podamos encontrar el significado de lo escuchado, lo que la enseñanza tiene para decirnos a cada uno de nosotros en el momento actual de nuestras vidas. Este tampoco es el fin del proceso, sino que *manana* deberá desembocar en *anubhâva*, la experiencia propia, el hacer

“carne” lo escuchado. *El discipulado consiste en este tránsito del conocimiento a la comprensión.*

En el *Bhagavad Gîtâ*, una vez que el Maestro Krishna ha entregado a su discípulo Arjuna toda la sabiduría de que dispone, concluye hacia el fin del capítulo XVIII: *te he dado la más alta sabiduría que podrías alcanzar: medítala plenamente, y luego obra según el dictado de tu propia conciencia.* Y pondrá nuevamente en marcha las ruedas de su carro — referencia simbólica del vehículo que hemos recibido, muy utilizada en las *Upanishad*— para volver a colocarlo en el centro de la batalla del *Kurukshetra*, la batalla de su propio vivir, de la que no podrá ni podremos escapar, pero a la que ahora podrá enfrentar con renovado entusiasmo, con la sabia guía de las palabras de su maestro. Arjuna ya no es el mismo al final del *Gîtâ*: la enseñanza recibida no lo ha sido en vano. Con su mente clarificada, su devoción exaltada y su energía ahora multiplicada, el éxito está asegurado, ya que al decir del sabio Patanjali, la verdad “está cerca para quienes la buscan con ardiente energía”.¹

El tema del Bhagavad Gîtâ

Una vez establecida la disposición que se requiere para acercarse a su aprendizaje, buscaremos indagar en la temática

¹ *Yoga Sutras* I, 21.

que define al *Bhagavad Gîtâ*. Para ello recurriremos a tres claves tradicionales que nos pueden orientar en esta búsqueda. Al finalizar cada uno de sus dieciocho capítulos, el poeta canta este colofón que define claramente el carácter del *Gîtâ* y su temática fundamental:

*Om,
iti shrimad bhagavadgitatsu
upanishatsu
brahmavidyayam
yoga shastra*

Estamos ante la presencia de un texto definido como *shrimad*: esto es, sagrado, auspicioso, glorioso. Significa una enseñanza que despierta divino entusiasmo en quien así la aprecia. Sagrada, pues a través de ella entraremos en contacto con la Unidad de la vida que constituye la búsqueda central de toda la sabiduría de India que por eso se llama a sí misma *Bharata Varsha*: la tierra de los hombres enamorados de Dios, de la luz y la justicia.

Además se señala que es un *Upanishad*. Al conocedor de la literatura hindú podría sorprenderle esta afirmación ya que el *Bhagavad Gîtâ* forma parte, como hemos mencionado, del *Mahâbhârata* que pertenece al grupo de escrituras llamados

*smritis*¹ y no a los Vedas dentro de los cuales están las *Upanishads*. Sin embargo, dado que se trata de una enseñanza revelada por la Divinidad a los hombres, independientemente del tipo de texto en el que aparezca, se hablará de un *Upanishad*, esto es una enseñanza que en el contacto cercano entre maestro y discípulo, permitirá a éste destruir (*shad*) los lazos que lo mantienen atado a su ignorancia espiritual y entrar en contacto con Dios (*upa*).

Establecido el carácter del *Gîtâ*, pasa a mencionar la temática contenida en esta escritura o *shastra*: ella consiste en una exposición de la sabiduría divina —*brahmavidyayam*— y en los medios —*Yoga*— que necesitamos para alcanzarla. Cinco términos sánscritos que sintetizan claramente su carácter.

La estructura del Gîtâ

Varias son las claves tradicionales que podemos utilizar para acceder al desarrollo temático de un libro sagrado en India. Una de ellas, que nuestra Maestra nos ha enseñado, es tomar la primera y la última palabra que aparecen en el mismo. Si hacemos el ejercicio con el *Gîtâ*, el resultado es de lo más revelador: comienza con el sánscrito *Dharma* y termina con *ma* —mi—. El

¹ Enseñanzas “recordadas” en contraste con los “shruti” o reveladas. Los smritis recogen las enseñanzas de los grandes sabios de India.

gran tema del *Gîtâ* es, pues, *Mi Dharma*: indagar cuál es el sostén de mi vida (de la raíz sánscrita *dhr*, “sostener”). No como una respuesta genérica de mero alcance intelectual que me permita hablar acerca del sentido de la existencia sino del que ha de guiarme en la vida aquí y ahora.

Adicionalmente cuando el Mahâbhârata presenta al *Gîtâ* dice: *atha srimadbhagavadgita*. *Atha* es un término sánscrito que encabeza muchos de los textos sagrados hindúes. Significa: ahora, y es también una bendición que, como el *Om*, precede los actos auspiciosos. Pues el aquí y el ahora son una bendición, ya que el presente es el instante más transparente en que Dios se manifiesta. Y es aquí que necesitamos descubrir cuál es nuestro *sva-dharma*, el *dharma* que es *sva*, propio, pues refleja *sva-bhava*, nuestra propia naturaleza. La noción de *sva* es una de las más importantes que el *Gîtâ* nos permitirá descubrir, y lo primero que necesitamos distinguir, discernir, es que “lo propio” difiere de “lo mío”. Llamamos “mío” a todas las cosas de las que nos hemos apropiado, ya sea porque hemos trabajado para adquirirlas, nos las han regalado, etc. Hay un proceso por el cual llegamos a poseerlas y luego nos identificamos con ellas y las consideramos “mías”. Pero todo aquello de lo que nos apropiamos es, por su misma naturaleza, perecedero y relativo: todo podemos perderlo, sean bienes, relaciones humanas, ideas, pensamientos, creencias... todo pertenece al de-

venir de la vida: así como llegaron, pueden irse por más más que sean.

“Lo propio” es diferente: es lo que forma parte de nosotros por naturaleza (*bhava*). Es propio del hombre respirar por la nariz y por la boca, o tener ojos en el rostro, o que el oxígeno inhalado sea capaz de penetrar en la sangre por difusión o la capacidad para elaborar pensamientos y desarrollar sentimientos. No son funciones o conductas que hemos hecho nuestras por aprendizaje, que nos las hemos “apropiado” sino que acompañan nuestra naturaleza. Podemos olvidarlas, ignorarlas, no ejercitarlas, pero nunca perderlas: *lo propio —sva— no se pierde, siempre estará allí esperando a ser descubierto*. De la misma manera, cada una de nuestras vidas tiene un sentido propio, una vocación que está escrita en nuestra *svabhava*. En el *Bhagavad Gîtâ* encontraremos un maestro y una enseñanza que buscan asistirnos en el parto en que hemos de dar a luz ese espíritu que nos pertenece por naturaleza, y esa es una de las enseñanzas bases de la tradición del *vedânta*: que portamos a la eternidad dentro nuestro y al ser nuestra naturaleza, nada puede hacer que la perdamos.

Una segunda clave para desentrañar el contenido del *Bhagavad Gîtâ* yace en su estructura de dieciocho capítulos, agrupados en tres bloques de seis cada uno. Todos ellos tienen una temática común: el *Yoga* o camino para la realización espiri-

tual, y el *Yoga* como meta de unión mística con Dios. Toda la vida es, para India, un *Yoga*: una oportunidad de aprendizaje destinada a dar a luz a nuestro espíritu inmortal. Hemos dicho que el *Gîtâ* es *Yoga shastra* y su misión es mostrarnos cómo hacer realidad ese ejercicio de unirnos a Dios a través de toda dimensión de la existencia. Por ello, todos los capítulos contienen el nombre de *Yoga*: *Arjuna vishada yoga*: el desaliento convertido en oportunidad de *Yoga*; *Karma Yoga* o el *Yoga* de la vida en el mundo; *Devasura sampad vibhaga yoga*: el *Yoga* de distinguir nuestra luz interior de nuestras tinieblas, y así sucesivamente. *Toda la vida puede ser puesta bajo la luz de Yoga gracias a las palabras del Maestro.*

En esos tres grupos de seis capítulos cada uno se estructuran las tres grandes etapas en que el camino de la realización espiritual ha de transitarse: *Karma*, *Bhakti* y *Jñâna*. Ellas a su vez responden a una de las llamadas *Mahâvâkyas* védicas: grandes síntesis de la enseñanza espiritual de India: *Tat Tvam Asi*, “Aquello tú eres”. El *Bhagavad Gîtâ* es una *upadesha*, esto es, una enseñanza espiritual impartida por un Maestro espiritual calificado. Y *tat tvam asi* es la síntesis de toda *upadesha*. Pero como puede ocurrir que no la hayamos comprendido, ahora Dios nos la vuelve a enunciar: “*comprende, hijo querido, que Tat, Aquello, la suprema realidad de la vida llamada Dios, está muy cerca tuyo: despierta a esa verdad, liberándote.*”

te de toda la ignorancia espiritual. No hay otra enseñanza que impartir, no hay otra que realizar: esa y sólo esa ha de ser la verdad que guíe tu vida". Ese es el *Gîtâ*, ese es el *Yoga* que el *Gîtâ* enuncia, ese es el propósito y la síntesis de su mensaje. Ese Gran *Yoga* se enuncia a lo largo de 18 capítulos bajo la forma de tres grandes peldaños: *Karma*, *Bhakti* y *Jñâna*:

- 1) Descubre que hay vida —*Karma* en sánscrito— porque Él, *Tat*, te la ha entregado;
- 2) Descúbrete como *Tvam*, un Tú, sólo porque *Tat*, el Señor, te hace ser alguien, pues sólo se es un Tú para otro Tú;
- 3) Descubre que eres, *Asi*, ese *Tat*, porque ese *Tat* vive en tu corazón.

Estas tres palabras que Shvetaketu escuchó de su padre en el *Chandogya Upanishad*, se hacen canto y se multiplican en varios cientos en los labios de Shri Krishna en el Sagrado *Bhagavad Gîtâ*. Y a través de él vuelven a ser pronunciadas, no en un campo de batalla del año 3100 aC como parece decirnos la historia: estos 700 excelsos versos vuelven a ser cantados hoy cada vez que alguien se dispone a escucharlos con sincera devoción y divino entusiasmo. Y cuando esto ocurre, “*allí seguramente están la prosperidad, la victoria, la bienandanza y la justicia eterna*”.¹

¹ *Bhagavad Gîtâ*, XVIII, 78.

¡Que la bendición de nuestra Maestra y la Divina Sabiduría del Gîtâ que nos ha transmitido permanezcan por siempre con nosotros!

*Por el Prof. Gustavo Canzobre
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
